

TERCERA PARTE
DE LA
DOCTRINA CRISTIANA.

LA ORACION.

DE LA NECESIDAD QUE TENEMOS DE LA
GRACIA, Y QUE NACIESE POR NOSOTROS
EL HIJO DE DIOS.

Todo lo que nos ha mandado Dios en su Ley, y todo el galardón que ha prometido á los que no la quebrantaren, y las amenazas que ha hecho de las terribles penas del infierno á los que traspasaren sus santos Mandamientos, no bastara para que los guardásemos si no fuera con su gracia y ayuda; la cual nos mereció el Hijo de Dios, que por nosotros quiso nacer, y humillarse á hacerse hombre para honrar nuestra naturaleza, enriquecerla con sus dones, y ayudarla y fortalecerla con su virtud y gracia.

Para que estimemos más este infinito beneficio, conviene traer á la memoria aquella pureza y perfección con que Dios al principio crió el hombre; porque como todas sus obras sean tan bien ordenadas, así como dió al hombre ley espiritual, así lo crió con fuerzas espirituales y sobrenaturales para guardar esta ley; porque así hubiese proporción entre la ley y la persona á quien se daba, siendo la ley espiritual, y la persona espiritual. Por lo cual dice San Basilio, que cuando Dios crió al hombre, juntamente crió la naturaleza, y le infundió la gracia; porque con las habilidades de la naturaleza viviese vida de hombre, y con las de la gracia vida de Dios; porque con esta gracia se da el Espíritu Santo; y las obras de este espíritu, según San Pablo, son: Caridad, Gozo, Paz, Paciencia, Largueza de corazón, Bondad, Benignidad, Mansedumbre, Fe, Modestia, Continencia y Castidad; y con tales dones como estos bien pudiera vivir entonces el hombre esta vida espiritual y divina; mas después del pecado perdió estos favores, y así quedó inhábil para guardar esta ley; porque quedó como sin alas para volar, y sin fuerzas para conservarse en aquella pureza y perfección que Dios le tenía dada; y perdido todo lo gratuito,

luégo se estragó tambien todo lo natural que con ello se conservaba: así como quitando la sal y la mirra de un cuerpo muerto luégo huele mal y se hinche de gusanos.

De manera que el pecado fué el que hizo este estrago en la naturaleza humana; porque así como un poco de vinagre echado en una tinaja de vino lo aceda todo, así el pecado corrompió toda la naturaleza humana, de tal suerte, que desde la cabeza hasta los pies no dejó de ella cosa sana: porque el entendimiento quedó ciego, la voluntad enferma, la irascible flaca para lo bueno, la concupiscible fuerte para el mal, la carne mal inclinada, los sentidos curiosos, la imaginacion inquieta, y todo el hombre prevenido.

Las habilidades que sucedieron en lugar de aquellas que el Espíritu Santo nos habia dado, son las que dice en una carta el Apóstol: Manifiestas son las obras de la carne, que son: fornicacion, suciedad, deshonestidad, lujuria, servicio de ídolos, hechicerías, enemistades, contiendas, emulaciones, iras, peleas, disensiones, envidias, homicidios, excesos en comer y beber, y cosas semejantes. ¿Parécete que fué buen trueque el de aquellas virtudes y habilidades por éstas? ¿Cómo podrá el

hombre con tales ayudadores guardar una ley, que es toda espiritual y celestial, sacada de aquel perfectísimo original de Dios? Por lo cual dice el Apóstol: Sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido por esclavo del pecado. Pues si la ley es espiritual, ¿qué habilidad tendrá un hombre carnal, que es poco menos que un bruto animal, para guardar esta ley? Porque si mudándose el hombre se mudara tambien la ley, no hubiera esta desproporcion; mas quedándose la ley en aquella misma pureza y espiritualidad que tenía, y estragándose el hombre, y haciéndose todo carnal, ¿qué habilidad le queda para guardar la ley espiritual? Necesario es volver el hombre á la fragua, é infundirle otro corazon; porque de otra manera, como dice el Salvador, el que nace de carne, carne es; mas el que nace de espíritu, espíritu es. Quiere decir, que la carne no tiene de su cosecha habilidad para guardar la ley espiritual, si no la reformamos y espiritualizamos con espíritu de Dios. De suerte, que pues no se ha de hacer mudanza en la ley, se habia de hacer en el hombre, proporcionándolo con la ley, y haciéndolo espiritual; porque así la pueda guardar.

Pues esto tenemos por Cristo, que na-

ciendo de Santa María Virgen hecho Hombre por nosotros, reformó el hombre viejo, y de terreno le volvió celestial, de carnal espiritual, de flaco fuerte, de prevaricador de la ley, observante y justo; lo cual todo nos mereció con su sangre y lo causa con su gracia, y lo alcanzarán los que la merecieren.

De lo dicho se han de sacar tres cosas. Una ser muy agradecidos y tener estima de la persona de Jesucristo, y de esta su infinita dignacion de haber querido nacer para remedio de nuestra necesidad; porque del conocimiento de la necesidad nace el conocimiento y estima del remedador, el cual no fué otro sino Cristo, Hijo de Dios, nuestro segundo Adán y nuestro segundo Padre, el cual mediante el sacrificio de su sangre, satisfizo por nuestro pecado, y nos reconcilió con su Padre, y nos alcanzó el espíritu y gracia que perdimos, mediante la cual fuésemos reformados y poderosos para la guarda de su Ley. Para esto nos dejó instituidos los Sacramentos, por los cuales alcanzamos esta gracia y fuerzas para el cumplimiento de su Ley.

Por cierto, que bien merece el amor de todo nuestro corazón, y el agradecimiento de todos los hombres, quien por

hacernos tanto bien y honra, se quiso humillar y como anonadarse, haciéndose hombre por los que por sus pecados se habian hecho bestias y compañeros de los demonios. Este bien nos trajo el nacimiento del Hijo de Dios, que tomando nuestra carne nos dió su espíritu; tomando nuestra flaqueza, nos comunicó su fortaleza; tomando sobre sí nuestros pecados, derramó sobre nosotros su gracia; tomando nuestras miserias, nos mereció su gloria: todo esto debemos á Cristo Jesus, al Hijo de María, al verdadero Hijo de Dios que nació por nosotros. En él estuvo el remedio de nuestra flaqueza, la cura de nuestras enfermedades espirituales y nuestra salud.

La segunda cosa que hemos de sacar es ser muy humildes, conociendo nuestra flaqueza, considerando por una parte la excelencia de la ley de Dios, y por otra la inhabilidad que tiene el hombre para guardarla. Por eso dice San Agustin que los Mandamientos no hicieron á los hombres transgresores sino humildes, porque por la excelencia de los Mandamientos vinieran á conocer la inhabilidad de sus fuerzas, y este conocimiento los hiciera humildes. Otra vez dice: la ley fué dada para que se buscara la gracia, y la gracia

fué dada para que se guardase la Ley, la cual si no se podía guardar no era por su defecto, sino culpa de nuestra carne; la cual culpa la ley habia de descubrir y la gracia la habia de sanar.

La tercera cosa es acudir mucho á la oracion y ser muy devotos; porque quiso Dios que nuestra misma necesidad nos metiese por sus puertas, porque viendo cuán grandes cosas nos manda y debajo de cuán grandes penas, nos fuésemos á Dios pidiéndole remedio. Porque por la ley, dice el Apóstol, se conoce el pecado; y así como el conocimiento de la enfermedad hace al hombre buscar médico, así el conocimiento de la enfermedad del pecado que nos da la ley, nos hace ir á buscar el médico verdadero que es Dios, y la medicina que es su gracia.

Por lo cual parece que la ley de Dios nos remite al mismo Dios, para que por él guardemos lo que por él se nos manda, y así digamos con San Agustin: Dame, Señor, que pueda hacer lo que me mandas, y mándame lo que quisieres. Y así parece que ninguna cosa hay que tanto mueva al hombre á llamar á Dios y perseverar en continua oracion, como la consideracion de esta continua necesidad que tiene; porque conociéndose pobre y necesitado lué-

go toma oficio de mendigo, que es andar llamando siempre á las puertas de la divina misericordia pidiendo la limosna de su gracia; y la oracion es uno de los mayores remedios que la Divina Providencia ordenó para nuestra miseria, aplicándolo por el favor y beneficio de la Redencion de Cristo. Porque es tanta la miseria del hombre, y tanto su aflojar en el bien, que aunque de parte de Dios esté ya ganado y preparado todo nuestro bien, todavía es necesario pedir el uso de este bien en la oracion, con que, pues cada dia aflojamos, cada dia invoquemos la misericordia de Dios; y pues cada dia andamos en el peligro, hagamos cada dia la confesion y protestacion de nuestras culpas y faltas, con que nunca dejemos de dar gracias á nuestro Dios y Señor.

DE LAS CONDICIONES PARA ORAR.

De la necesidad que tenemos de la gracia de Dios se puede colegir la que tenemos de la oracion, que tiene por oficio pedirla. Porque la oracion es un piadoso afecto de nuestra alma para con Dios, con el cual pedimos las cosas que para nuestras almas ó de nuestros prójimos son sa-

ludables. Esta es una de las obras más importantes á la vida humana, y más encomendada en las Escrituras Sagradas, y á la que se prometen mayores promesas. Palabra es de la misma verdad, que dice: Todas las cosas que pidieréis en la oracion, creed que las recibiréis, y se os otorgarán. En otra parte dice: Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y os responderán; porque cualquiera que pide, alcanza; y el que busca, halla; y al que llama le responderán. Y en otro lugar dice: Si vosotros siendo malos sabeis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará el Espíritu Santo á quien se le pidiere?

Con tales palabras y con tales esperanzas nos exhorta á la oracion el Señor; el cual por la misma causa quiso que entre los preciosos dones que le ofrecieron los Reyes Magos, que recién nacido le vinieron á adorar, fuese uno incienso, que en las Sagradas Escrituras es símbolo de la oracion; y así, aceptando el incienso, acompañado de oro y mirra, nos dió á entender cuán aceptas le son nuestras oraciones cuando van acompañadas de fervor y caridad, que significa el oro; y de paciencia, mortificacion y perseverancia, que significa la mirra, con otras condicio-

nes necesarias para orar bien. Las principales de ellas son seis.

La primera, que se ore con grande atencion y reverencia; porque no es otra cosa la oracion sino una conversacion con Dios y con Jesucristo su Hijo. Considera cuánta descortesía sería si hablásemos con un Príncipe de la tierra, sin atencion y concierto, sin mirar bien lo que dijésemos, sin tenerle acatamiento, sin ordenar nuestra peticion, sin estar muy despiertos para ver lo que respondia, ó hablando palabras que pudiesen enojarle. Asimismo si fuese nuestra plática con alguno de los sabios del mundo, procuraríamos que todo lo que hablásemos fuese muy concertado y estudiado. Pues si esto se ha de hacer con los príncipes y sábios de la tierra, con quien no se puede aventurar sino cosas de la tierra, ¿cuánto más se debe hacer con el poder y sabiduría de Dios, con quien vamos á negociar cosas de tan grande importancia como el negocio de nuestra salvacion? Debe, pues, el que ha de orar, recogerse todo en sí, y hablar en su oracion con la Majestad divina, con el mayor acatamiento y humildad que puidere. Al revés de esto hacen los que, sin ninguna atencion ni devocion, corren gran número de *Ave Marías* apresuradamente, sin

pensar lo que hacen, ni con quién hablan; de los cuales con razon se puede quejar Dios, diciendo: Este pueblo con la boca me honra, mas su corazon está léjos de mí.

Y así la segunda condicion que la oracion ha de tener, es que sea con espíritu, esto es, que salga del corazon, que no solamente ore la boca, sino que dentro del alma esté encendido el afecto con que demos vida á la oracion, haciendo quanto es de nuestra parte, que la represente nuestro deseo delante de Dios; el cual oye más pronto la simplicidad del corazon humilde que las palabras y razonamientos curiosamente compuestos. Esto es lo que el Redentor enseña en el Evangelio, cuando dice que nos recojamos para orar, y entremos en nuestro retraimiento; lo cual se hace cuando, para hablar con la Majestad divina, echamos de nuestro corazon el estruendo de nuestros deseos y de los cuidados mundanos; cuando en el sosiego del corazon, pensando que el Señor que nos mandó orar, oirá nuestro corazon, con santo atrevimiento y confianza despertamos nuestra alma, para ofrecérsela toda, representándole nuestro deseo y necesidad; la cual en aquel silencio y soledad se le manifiesta y da cuenta de sí.

La tercera cosa que ha de tener el que

ora es paciencia para perseverar orando; porque muchas veces dilata Dios las mercedes que le pedimos, ó para probar nuestra fe, por ver si por tardarse en conceder lo que se pide, nos vamos á buscar el remedio por ilícitos y malos caminos, ó para que conozcamos nuestra necesidad, y estimemos más sus dones, ó para encender en nosotros mayor calor de la oracion, ó porque así nos conviene, ó por otras causas que él sabe. Esta virtud es muy necesaria en la oracion; porque conserva el fruto de ella, y la poca perseverancia nos quita tanto bien de las manos; porque hay muchos que para disponerse á orar un poco de tiempo ponen grande eficacia, y sufren mucho, no sabiendo sufrir la dilacion de su peticion. Esto es lo que hace desmayar, y perder todo lo ganado, si alguna cosa habia ganada en toda suerte de peticiones, y más en aquellas con que los hombres procuran bienes espirituales y dones de Dios; porque, conociendo que los hay en otros, por el deseo que tienen de ellos, pidenlos á Su Divina Majestad, y ejercítanse en la oracion; mas, viendo que no alcanzan tan pronto lo que piden, desmayan luego, y desconfian dejando la oracion; donde se ve claro lo que hace aquí la falta de paciencia.

La cuarta condicion es que nos guardemos de obrar con las manos, ó tener en el corazon, alguna cosa que provoqe la ira del Señor cuando vamos á pedirle mercedes; porque sería esto deshacer por una parte lo que por otra hacemos; ántes pongamos mucha diligencia en que con buenas y santas obras ayudemos á nuestra oracion, de tal manera que no haya contradiccion entre las palabras y obras.

La quinta cosa que se requiere es que nuestro principal deseo y nuestra principal oracion sea siempre encaminada á bienes espirituales, y á cosas que nos encaminen á Dios; y que de tal manera pidamos aquello de que en este mundo tenemos necesidad, que siempre vaya en primer lugar lo eterno y espiritual, pidiendo muy de veras, que nunca su misericordia consienta, que lo que pedimos para pasar en este mundo haga daño, ó sea impedimento á los bienes necesarios para alcanzar el otro. Sobre todo esto nos debemos guardar de nunca pedir cosa que sea contra el servicio de nuestro Señor, sino lo que nos ayuda para esto.

La sexta condicion que la oracion requiere es que se haga con fe, esto es, con una gran confianza que el hombre ha de tener de ser oido, la cual para ser cierta y

viva, no ha de fundarse en su propio merecimiento, sino en la infinita bondad de Dios, que para manifestarse más, fué servido de prometer que estaria siempre preparado para remediar las necesidades y trabajos de los hombres. De manera, que el propio oficio de esta confianza es conocer y tener por cierto, que aunque por nuestras culpas merecemos el infierno, no teniendo ni pudiendo alcanzar cosa por donde merezcamos ser oidos y remedidos, la grandeza de la Divina Bondad, por habernos dado al Redentor del mundo que nos redimiese y salvase, nos certifica que siempre nos oirá y remediará, pues así lo prometió por su respeto; y el intercesor y sacrificio que por nosotros le ofreció está siempre vivo.

Tambien es oficio de esta fe, hacer que despues de la oracion no quedemos incrédulos ni tristes, escudriñando si fuera mejor, que nuestra oracion no se aceptara ó que las cosas sucedieran de otra suerte, ó que habia otro remedio mejor que el que Dios nos dió, ó que es ya pasado el tiempo y sazón, y que ya no podemos ser remedidos. Todas estas cosas son señales no de fe, sino de curiosidad y de sabiduria humana, teniendo más cuidado de nosotros mismos, y queriendo saber más lo

que nos conviene que el mismo Dios. La fe ha de cerrar los ojos á todo, y ponerlo en las manos del Señor; y cuando hubiéremos procurado todos los medios lícitos que ella misma nos permite y nos da por instrumentos de su providencia, con cualquiera cosa que suceda podemos tener una gran seguridad y contentamiento, estando ciertos, que pues nos remitimos á la bondad de Dios, irá todo bien encaminado, y que no nos queda más que hacer sino confiar en lo que no entendemos de su infinito saber, pues tenemos por cierto que nunca su misericordia puede faltar.

COMIÉNZASE Á DECLARAR LA ORACION DEL
PADRE NUESTRO.

Las cosas que hemos de desear y pedir á Dios en la oracion, y á quién se hayan de pedir, y la misma oracion que es el medio para alcanzarlas, nos lo enseñó nuestro Redentor Jesucristo en la oracion del Padre nuestro, en la cual está comprendido todo lo que se debe pedir. El haber compuesto Cristo Señor Nuestro esta oracion, y ordenado las palabras de ella, acrecienta mucho nuestra esperanza; porque muy confiados podemos pa-

recer en la presencia del Padre, alegando que su amado Hijo nos envía á él, y dando por señal, que nos puso en la boca las palabras con que habíamos de hablarle.

Y pues es verdad lo que dice el Sabio, que Dios honra al Padre en los hijos, haciendo mercedes á los hijos malos por los merecimientos de los padres buenos; con razon podemos pedir lo necesario para nuestra salud eterna, no por nuestros merecimientos, sino por los de este soberano Señor y Padre nuestro. Por donde parece que con ninguna otra oracion podemos más á propósito pedir mercedes á Dios, que con ésta. Y para que esto mejor se pueda hacer, declararemos sumariamente las siete peticiones que en ella se contienen, dando este aviso al cristiano, que cuando fuere pronunciando las palabras de esta oracion, vaya con su espíritu considerando lo que en ellas se comprende, segun aquí se declarará, ó segun lo que el Espíritu Santo le diere á entender: y use mucho decir de corazon esta oracion; la cual se antepone á todas las demas, porque es la más excelente de todas, por haberla compuesto el mismo Cristo, que es suma sabiduría.

Lo segundo, porque es brevísima, y por esto muy á propósito para ser enseña-

da y tenerla en la memoria; y juntamente está llena de sustancia, porque comprende todo lo que se debe pedir á Dios.

Lo tercero, porque es muy útil y eficaz, por haberla hecho el que es juntamente Juez y Abogado nuestro, y por eso sabe mejor que nadie cómo es menester pedir para alcanzar.

Lo cuarto, por ser la más necesaria de todas, porque todos los cristianos están obligados á saberla, y la han de decir cada dia; por eso se llama oracion cotidiana, esto es, oracion que cada dia se ha de decir.

Comenzando, pues, á declarar esta oracion, la cual es tan excelente y provechosa, se ha de advertir que aquellas pocas palabras: *Padre nuestro que estás en los cielos*, son como un proemio pequeño, ó verdaderamente una preparacion de la oracion. Porque diciendo que Dios es nuestro Padre, tomamos ánimo y confianza para suplicarle; y diciendo que está en los cielos, nos acordamos de que se ha de acudir á Su Divina Majestad con grande temor y humildad; porque no es Padre terreno sino celestial. Demas de esto, diciendo que es Padre, consideramos que querrá concedernos lo que le pedimos. Diciendo que está en los cielos, como Señor del mun-

do, entendemos que podrá hacer cuanto quisiere. Finalmente, diciendo que está en los cielos, y considerando que nosotros estamos en la tierra, nos acordamos de que no poseemos nuestra herencia, sino que somos peregrinos en tierra de enemigos, y que por esto tenemos grande necesidad de su ayuda.

Llegando á declarar todas estas palabras de por sí, se ha de advertir que aquella palabra, *Padre*, si bien pertenece á Dios en cuanto Padre de todas las cosas por creacion, con todo eso en esta oracion se entiende de Dios en cuanto es Padre por adopcion de los buenos cristianos. Bien es verdad que pueden tambien decir á Dios Padre nuestro aquellos que desean convertirse y volverse hijos de Dios; mas aquellos no podrán con verdad decir el *Padre nuestro*, que no son, ni quieren ser hijos de Dios, y que están sin pensamiento alguno de convertirse.

Dícese Padre nuestro, y no Padre mio; porque entendamos que todos somos hermanos, y que debemos, como tales, amarnos, y estar unidos entre nosotros mismos como hijos de un mismo Padre.

Dícese tambien Padre nuestro, para enseñarnos que la oracion comun es mejor que la particular, y más provechosa

al que la hace; porque mientras todos dicen Padre nuestro, cada uno hace oracion por todos, y todos hacen oracion por cada uno.

Dícese que Dios está en los cielos, no porque Dios no esté en todo lugar, mas porque los cielos son la más noble parte del mundo, y en ellos resplandece más la grandeza, y poder y sabiduría de Dios; y, en fin, en ellos se deja ver cara á cara de los Angeles y de los hombres bienaventurados. Púedese tambien decir que Dios está en los cielos, porque habita Su Majestad con un modo particular en los Angeles y en los hombres santos, que son cielos espirituales, como advierte San Agustin.

La primera peticion, de las siete que contiene esta oracion de Dios, es cuando decimos: *Santificado sea tu nombre*. El nombre en este lugar significa la fama y la noticia, como cuando decimos que uno tiene grande nombre, porque es conocido de muchos; y por tener buen nombre ó mal nombre, porque tiene buena fama ó mala fama, siendo conocido de muchos es alabado por bueno, ó temido por malo: y así decir, Santificado sea el nombre de Dios, no es otra cosa que desear se extienda por el mundo el conocimiento de Dios, y se conserve pura y santa su noticia en las bocas y corazones de los hombres.

Y porque hay en el mundo muchos infieles que no conocen á Dios, y muchos malos cristianos que lo blasfeman, por eso los que son hijos de Dios, y tienen celo de la honra de su Padre, ruegan con grande deseo, que sea santificado su nombre, para que sea por todo el mundo conocido, adorado, confesado, loado y bendito como merece. Aunque en esta peticion deseamos que sea Dios conocido y alabado de los hombres, con todo eso no pedimos esto á los hombres, sino al mismo Dios; porque el hombre no es por sí mismo bastante, ni para conocer á Dios, ni para alabarle; por eso pedimos á Dios que obre con su santa gracia, de modo que los infieles y los otros pecadores se conviertan, y así, convertidos, empiecen á conocerle y alabar su santo nombre.

Empiézanse las peticiones de esta oracion diciendo que sea santificado el nombre de Dios; porque estamos obligados á amar á Dios sobre todas las cosas, y más que á nosotros mismos; por esto el primero y más ordinario deseo nuestro ha de ser de la gloria de Dios, pues para ésta fuimos criados y dotados de razon, para que conozcamos y alabemos á nuestro Criador, en lo cual consiste nuestro sumo bien.

Conviene tambien poner de nuestra parte gran cuidado y diligencia, procurando que los dones que para esto pedimos al Señor no se nos hayan dado en vano; y como sólo los pecados sean los que le ofenden, y los verdaderos enemigos de la honra y santificacion de su nombre, debe, el que hace esta peticion, ser muy contrario de ellos, huyendo de su compañía, como de enemigos y estorbos de aquella santificacion que él pide, rogando á Su Divina Majestad que despierte y lleve adelante esta enemistad en él y en todos los hombres; pues entónces pedrá decirse ser santificado su nombre, y no reinar pecado, sino santidad y justicia. Esta es la primera peticion que Cristo nuestro Redentor quiso que pidiésemos al Padre, poniéndonos por ejemplo á sí mismo, que tuvo esto siempre por fin de sus obras, no rehusando cualquier trabajo que por la honra del nombre de su Padre se le ofreciese.

DECLÁRANSE TRES PETICIONES DE LA
ORACION DEL PADRE NUESTRO.

Despues de haber pedido en la oracion del Padre nuestro que sea santificado el nombre de Dios, añadimos luégo esta pe-

ticion: *Venga á nos el tu Reino*, en la cual se pide la salvacion propia, pues en la primera se pidió la gloria divina.

De tres modos se puede entender el Reino de Dios; porque se halla un Reino de Dios de naturaleza, otro de gracia, y otro de gloria. El de naturaleza es aquel con que rige y gobierna todas las criaturas, como absoluto Señor de todas las cosas; porque si bien los hombres malos procuran hacer mal y no guardar la Ley de Dios, todavía reina Dios sobre ellos; porque cuando es su voluntad les impide sus designios; y si alguna vez permite que tengan lo que quieren, despues los castiga severamente; y ninguno hay que pueda resistir absolutamente á su voluntad, ni puede hacer si no es lo que Su Divina Majestad ordena ó permite.

El Reino de gracia es aquel con que Dios rige y gobierna las almas y los corazones de los buenos cristianos, dándoles espíritu y gracia para servirle de buena gana, y buscar su gloria sobre todas las cosas.

El Reino de la gloria será en la otra vida despues del juicio; porque entónces reinará Dios con todos los Santos sobre todas las cosas criadas, sin resistencia alguna; porque entónces se les quitará á los